

Los múltiples flancos débiles de la economía española y la incógnita de los fondos europeos



Pablo Gil

A finales de 2021, Europa conseguía recuperar el PIB pre-Covid, mientras que España seguía seis puntos porcentuales por debajo de dicho nivel. En los últimos dos años hemos escuchado al Gobierno defender esta situación porque nuestro modelo económico dependía fuertemente del sector turístico, herido de muerte durante la pandemia. Sin embargo, otros países como Portugal y Grecia, que dependen incluso más del turismo que España, se han recuperado plenamente. Ahora que las restricciones a la movilidad han desaparecido completamente, parece ser que es la debilidad del consumo interno lo que justifica que sigamos siendo el vagón de cola de la recuperación económica entre nuestros vecinos.

Por desgracia, también lideramos el triste récord de desempleo en Europa con un 13,33%, incluso por detrás de Grecia, y duplicando la media europea, del 6,8%. Pero lo peor de todo es que el desempleo juvenil roza el 30%, una cifra que no existe en ningún país del bloque de economías desarrolladas.

Recientemente, hemos sido galardonados con otro triste premio: un nivel de inflación de los más altos de Europa que nos acerca a cotas del 10%, algo que no se veía desde principios de la década de 1980. La excusa, esta vez, es la invasión de Rusia sobre Ucrania, que ha disparado el coste de las materias primas. No cabe duda de que la guerra ha provocado una fuerte subida del coste de muchos bienes de primera necesidad, pero ese hecho afecta a toda Europa por igual, y mientras que el ciudadano español tiene que hacer frente a una inflación del 9,8%, nuestros vecinos en Francia lo hacen a un 4,5%, en Italia a un 6,7%, e incluso en Alemania, donde dependen más que el resto del gas ruso, tienen una inflación del 7,3%. Eso sin tener en cuenta que nuestro país se nutre principalmente del gas de Argelia en lugar de depender del suministro ruso. Pero incluso las pocas ventajas que tenemos las torpedeamos sin miramiento en mitad de una crisis energética sin precedentes, y de esta forma conseguimos que nuestro principal socio energético busque alternativas en otros países como Italia, y advierta de que no tiene intención de subir el coste de su gas a ningún país importador, salvo a nosotros.

Estos niveles de inflación históricamente altos están ahogando a los ciudadanos que buscan la manera de llegar a final de mes, pero también a

los pequeños empresarios que no pueden repercutir el sobrecoste al que tienen que hacer frente en su proceso productivo, lo que pone en riesgo la viabilidad de su propio negocio. Hemos sido testigos de la lentitud de respuesta a los problemas existentes. Mientras otros países arbitaban medidas excepcionales para combatir los problemas derivados de la fuerte subida del precio de los hidrocarburos y la electricidad, en España hemos esperado hasta que la situación fuera insostenible para implementar medidas que relajasen la tensión. Por desgracia, nos queda mucho camino por recorrer aún, y veremos cómo acaban los frentes abiertos que se presentan para los próximos meses.

El primero será la negociación del pacto de rentas, es decir, “quién pagará el pato de la inflación desatada”. Luego se abrirá el melón de la actualización de los salarios de funcionarios, que dado el nivel de inflación actual y el sacrificio que se le va a pedir al trabajador por cuenta ajena seguro que desata conflictos importantes. Pero no acaba aquí la cosa, también habrá que debatir la actualización de las pensiones, vinculadas a la inflación tras la reforma pactada con los agentes sociales, lo que costará 10.000 millones más, según Funcas. No podemos olvidar que todo ese dinero engorda la deuda pública de España, que ya es del 119% sobre el PIB, frente a la media europea del 98%.

Mayor coste del dinero

A lo largo del próximo año es probable que tengamos que hacer frente a otro problema más: la subida del coste del dinero. Porque, aunque el BCE no quiera, tarde o temprano tendrá que elevar las tasas de interés, actualmente en mínimos históricos, para luchar contra las presiones inflacionistas, y cuando lo haga encarecerá el coste de las hipotecas de los ciudadanos, al igual que el coste de los préstamos de las empresas, lo que provocará un menor consumo e inversión, que son los pilares del crecimiento de las economías desarrolladas.

España se enfrentará este año, al igual que el resto de Europa, a un proceso de estancamiento; es decir, cada vez menor crecimiento económico y presiones inflacionistas al alza. Nuestro punto de partida es muy malo, pero contamos con una gran ayuda: los fondos de recuperación europeos que se asignaron a España a raíz de la pandemia, por valor de 140.000 millones. Esperemos que no se dilapide esta gran ventaja en gastos e inversiones absurdas, sino que se sienten las bases para cerrar el hueco que nos separa de otros países europeos, que a todas luces hacen los deberes mejor que nosotros.

Estratega jefe de XTB